



Humberto M. Rasi

La doble responsabilidad del educador cristiano

La profesión de maestro o profesor sigue siendo una de las responsabilidades más prestigiosas y respetadas en nuestra sociedad. El privilegio de cooperar con los padres en la formación intelectual y moral de los niños y los jóvenes, participando en el desarrollo de sus talentos y preparándolos para ser ciudadanos útiles, es una labor honorable. Todos nos hemos beneficiado al estudiar bajo la tutela de algunos educadores cuyo ejemplo y estímulo nos han inspirado a alcanzar blancos altos en la vida.

La Biblia enseña que, además de la vocación de enseñar, la capacidad especial de contribuir a la formación religiosa de la juventud constituye un don del Espíritu Santo (ver Romanos 12:6, 7; 1 Corintios 12:28; Efesios 4:11). Esto significa que los maestros y profesores cristianos cumplimos una misión sagrada al animar a nuestros estudiantes a conocer a Dios, a madurar espiritualmente y a alcanzar la salvación mediante la fe en Jesucristo. Nunca debemos olvidarlo.

Sin embargo, la Biblia también incluye una seria advertencia que nos obliga al autoanálisis: “Hermanos míos, no pretendan muchos de ustedes ser maestros, pues, como saben, seremos juzgados con más severidad” (Santiago 3:1, NVI; ver también Mateo 23:13).

El efecto de nuestro ejemplo. Desde el momento en que los niños comienzan sus estudios formales, pasan más tiempo en contacto con nosotros que con sus padres. Esto les da la oportunidad de observarnos cada día en el aula, en el laboratorio, en el campo de deportes o en el taller de trabajo. Además de asimilar el contenido de las materias que enseñamos, nos estudian a nosotros: nuestra vestimenta y aseo personal, nuestros hábitos y gestos, la manera en que nos relacionamos con ellos y con otras personas, y las decisiones que tomamos. Sin darse cuenta, muchos de ellos comienzan a imitarnos.

Cuando nosotros mismos respondemos a la vocación docente, empezamos a aplicar los métodos y hasta a emular la manera de pensar de nuestros mejores profesores. Por eso, al evocar su propia experiencia educativa, el historiador y filósofo estadounidense Henry Adams (1838-1918) afirmó: “El impacto de un maestro perdura por la eternidad;

nunca sabrá hasta dónde llegará su influencia”.

¿Cuán digno de imitarse es el ejemplo que presentamos tú y yo ante nuestros estudiantes?

El impacto de nuestras palabras. En el siguiente versículo, Santiago profundiza en el tema: “Todos fallamos mucho. Si alguien nunca falla en lo que dice, es una persona perfecta, capaz también de controlar todo su cuerpo” (Santiago 3:2). Con admirable humildad, el autor de esta epístola reconoce que la perfección está más allá de la innata capacidad humana; sólo Jesús vivió una vida intachable.

La falla más común que cometemos los educadores cristianos está en las palabras que empleamos en presencia de nuestros alumnos o dirigidas a ellos. A veces no decimos la verdad. Otras veces repetimos un rumor o criticamos con dureza a un colega o supervisor.

Sin embargo, nuestro error más serio es la manera en que a veces tratamos a los estudiantes cuando cometen algún error, no alcanzan el nivel que esperamos o sentimos que nos faltan el respeto. Algunos nunca olvidan las palabras de burla o de condenación que escucharon de labios de alguno de sus maestros o profesores. Cuando fallamos, ¿somos capaces de pedir perdón, en público o en privado según sea el caso, y de rogar a Dios que nos conceda el dominio propio y la paciencia que necesitamos?

Los estudiantes tampoco olvidan las palabras de consejo, aprecio o estímulo que los motivaron a vencer obstáculos, volver al buen camino y avanzar hacia el ideal que se han propuesto para la vida.

Elena de White nos anima a superarnos: Los educadores cristianos “deben ser refinados en modales, aseados en su indumentaria, cuidadosos en todos sus hábitos; y deben tener aquella verdadera cortesía cristiana que gana la confianza y el respeto. El mismo maestro debiera ser lo que desea que lleguen a ser sus alumnos” (*Consejos para los maestros*, p. 64).

Humberto M. Rasi, Ph.D., se desempeñó durante varias décadas como redactor, profesor y administrador educativo. Entre 1990 y 2002 fue director del Departamento de Educación de la Asociación General.